

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península UNA PESETA al mes.
Extranjero 7'50 PESETAS trimestres.
Comunicados á precios convencionales.
Redacción y talleres: S. Lorenzo, 18

JUEVES 24 DE JULIO DE 1902

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS

En segunda plana. 00'50 pesetas línea
En tercera. 00'40 id id.
En cuarta. 00'35 id id.
Administración: Saavedra Fajardo, 15.

LA RIQUEZA OCULTA

Desde que todo el mundo entiende que el decoro personal no es algo interior independiente de relaciones externas, sino algo externo que no depende de la propia dignidad y justicia en el obrar; desde que se intenta fundar la consideración pública en la posición social más ó menos legalmente adquirida; desde el momento que estas falsas ideas morales se admiten como legítimas monedas, todo puede realizarse impunemente en esta sociedad corrompida siempre que los actos, aunque ilegítimos, revistan las condiciones inexcusables de hipocresía y de habilidad.

Aquí, al sancionar los delitos, se peca más la torpeza que la maldad; los que no saben delinquir, ó por falta de perversa inteligencia ó por falta de costumbre, constituyen los únicos criminales, según nuestra hermosa doctrina social.

La sociedad no puede tolerar que se robe de cualquier manera y que el derecho se vulnere, por eso precisamente castiga con severidad al ciudadano que es sorprendido intentando sustraer una moneda ó un reloj, y perdona por el a ostentado sistema de la *vista gorda* al cacique que con la debida paralización realiza la ocultación de su riqueza con perjuicio de los demás contribuyentes que no cuentan con el auxilio de la política para disminuir su tributación.

A nadie, pues, debe extrañar que en España sea más difícil el descubrimiento de la riqueza oculta, que concluído con los grandes caciques que enriquecidos con la sangre del pueblo, pasean sus cinismos y sus riquezas por nuestras calles.

Y lo más notable en esta materia es que la ocultación de la riqueza reviste sus actos con una capa de hipocresía y gallardía que hace poco menos que imposible su descubrimiento.

En esta provincia el desarrollo de la que llamamos riqueza oculta á llegado á su mayor apogeo. Basta con repasar las listas cobradoras de la contribución territorial para convencerse que la riqueza rústica y pecuaria apenas si tributa el uno por ciento de lo que le corresponde por ley tributar y esto continuará mientras la política impero en las oficinas públicas.

El buen deseo del ministro de Hacienda de excitar el celo de los Delegados de Hacienda para perseguir la ocultación de la riqueza se estrellará ante el poder del caciquismo, causa eficiente de esa gran masa contributiva que no pasa por los rigores del fisco con lesión enormísima del pobre contribuyente que sufra su tributo y el de los ricos ocultadores.

El pobre contribuyente está solo, completamente solo, y duda que pueda llegar el momento de que la tributación para levantar las cargas del Estado sea igual para todos los ciudadanos, y por eso no cree en las bellezas que el telégrafo nos anuncia al dar cuenta de los acuerdos tomados en el último Consejo de Ministros.

Morirán en flor esos buenos propósitos y la riqueza seguirá oculta.

CRONICA

¡GRACIAS A DIOS!

Muchas veces he gozado leyendo artículos del señor Unamuno; pero nunca me han hecho sus trabajos impresión tan gran como la de una crónica titulada «La Renaissance Latine».

«Hace tiempo—dice el ilustre escritor—que tengo ganas de que se meta alguien con ese espantajo del latinismo y haga ver que los más de los españoles, poco ó nada tenemos de latinos».

¡Chóquela usted, don Mignell! Esas mismas ganas tengo yo. Pero no tenga usted cuidado, que los españoles que se llaman latinos son cuatro percebes; porque, para asegurar eso, es necesario ignorar en absoluto la antropología y la historia.

Hace bastantes años, que el catedrático de Antropología de la Universidad Central don Manuel Antón Ferrandiz, una de las glorias más legítimas de España—y sus discípulos Aranzadi y Hoyos pueden atestiguarlo—ha demostra-

do de modo que no deja lugar á duda que los españoles no tenemos nada que ver, en punto á raza, con los franceses y los italianos, representantes genuinos de la raza celta-eslava ó latina. Nosotros somos kábilas y árabes, semitas y camitas, africanos y asiáticos, pero nunca latinos.

Y no hay más que abrir la historia, para saberlo. Cuando

libre, feliz, España independiente se abrió al cartaginés incautamente cuando nuestros habitantes eran fenicios en su mayor parte. Nuestros primeros pobladores habían entrado por el Sur; después vinieron los romanos, pero vinieron como dominadores, no se compenetraron con nuestro pueblo y nos dejaron lo que puede dejarse por la fuerza, el idioma—en parte—y las leyes; pero no su raza... Más tarde, cuando la irrupción de los bárbaros del Norte, nos dominaron los visigodos—que nada tenían de españoles, ni de latinos hasta que los árabes los relegaron á Asturias. Uno de los errores históricos más extendidos y mas imbéciles es el de decir que los españoles reconquistaron su patria en ocho siglos y echaron á los árabes, etcétera, etcétera.

En primer lugar, D. Pelayo era visigodo, era sucesor de los bárbaros y pertenecía, por lo tanto, á uno de tantos pueblos de los que nos han dominado á la fuerza: por lo tanto la misma razón hay para decir que vencimos con Pelayo, que para atribuirnos las glorias de César ó las de Anibal ó las de Napoleón. La reconquista fué una guerra en que se disputaron nuestro suelo visigodos y árabes; y, ó ni unos ni otros eran españoles ó lo eran todos. Yo, por mi parte, me considero tan hijo de Abderraman I, como del héroe de Covadonga.

Pero no es eso solo; cuando una ciudad ó pueblo se reconquistaba, eran expulsados sus defensores militares, digamoslo así, la plana mayor; pero el pueblo, la gran masa de los habitantes, que después de ocho siglos se había hecho árabe quedaba en la población: los que entraban después se unían á los indígenas y así resulta que hoy nuestro tipo, nuestras costumbres, nuestra sangre entera es ó árabe ó morisca, tanto más de lo segundo que de lo primero, cuanto más vayamos hacia el mediodía; y si algo nos queda de otra raza es de la germánica, de la sajona, de que procedían los visigodos. ¡Pero latinos! De latinos no tenemos nada, ni en el arte, ni en la ciencia, ni el carácter reflexivo ó indolente, sin la ligereza del francés que hizo decir á Schopenhauer, —las otras cuatro partes del mundo tienen menos: Europa tiene franceses; esa es su compensación—ni la crueldad del italiano, ni en el tipo que no existen las rechoncheces del latino ni esas esbelteces inverosímiles de las parisenses, altas y delgadas como pararrayos etc. etc.

Los latinos quieren á toda costa meternos entre ellos porque valemos más que ellos digan lo que quieren los franceses que no saben de la misa la media: pero debemos desengañarlos á tiempo. Yo creo que podemos decir con orgullo, así como suena, con orgullo, que para la raza al menos, el Africa empieza en los Pirineos. Y si queremos buscar lógica y estética extranjera vayamos más allá de Straburo y del Paso de Calais: vayamos á Alemania y á Inglaterra, á la Escandinavia, y á esas regiones adorables, mucho más hermanas nuestras que Francia, que la Francia de Paris sobre todo...

Juan Véllez y López.

FECHAS Y RECUERDOS

Hay fechas y recuerdos que evocan tristes memorias y otros que alegran el sentimiento que se pensaba olvidado y muerto para no revivir nunca. Una fecha es una nueva epopeya, un nuevo sér que yacía encerrado, olvidado y que al tornar á verse, todos los desvelos, las dudas que originaron su presunta muerte, caen ante la visión que se vuelve en real, ante el hecho de transformarse lo que pensábamos perdido.

¡Una fecha! Memorable acontecimiento en la vida; nos trae un suceso notable; un acontecimiento nombrado, un suceso, en el cual el relevante ingenio brilló, ó las armas de los hombres,

perpetuizaron su memoria con hazañas pasmosas.

¡Cuántas veces al recordar una acción levantada y famosa, batimos palmas en elogio de los héroes que supieron dirigirla, ó de los capitanes esforzados que sostuvieron hasta el último confín los intereses á ellos consagrados! Patria la nuestra llena de recuerdos y fechas señaladas, al acercarse los momentos en que pensamos ensalzar lo sobresaliente y extraordinario, casi de continuo nuestro orgullo se vé mermado por acontecimientos nefastos que también llevamos escritos en nuestra leyenda. Una batalla, una victoria, una conquista, una revolución, todo amalgamado, todo junto, nos obliga á reparar en nuestra memoria lo que significábamos en otras épocas.

Lo pasado, lo que fué, suicida es olvidarlo; perennemente debemos tenerlo entre nosotros, para basarnos en ello y emprender caminos desconocidos; porque ir cotidianamente por análogo sendero, muestra ser apegados á lo antiguo y pone en litigio el despertar hermoso de nuestra soñadora raza.

Todos los pueblos celebran fiestas al llegar épocas memorables de su historia; nosotros, apartado de todo lo natural, de todo lo corriente, no tenemos un solo día en el que podamos consagrarnos á festejar y conmemorar un hecho famoso de nuestra accidentada historia.

La epopeya de la Independencia, que tanto significa y representa, hoy de nada sirve; un recuerdo muy extinguido de ella nos queda, sólo para mencionar el esforzado arroyo de nuestros abuelos y el denodado valor de los que lucharon por la Patria.

Por eso, yo cuando veo en ciertos días, en determinadas solemnidades flotar y agitarse nuestra bandera, pienso que también ella se niega, se resiste á brillar para mantener bajo sus pliegues las hecatombes soportadas y las derrotas que nos prepararon personas exóticas en nuestro suelo.

Cipriano Martínez Parra

De Juegos Florales

Lo ocurrido en Cartagena en los Juegos florales no nos pilla de susto. Desde ha tiempo los certámenes literarios vienen siendo todos los mismos, allí no se precia al mejor trabajo sino al amigo; allí no se atiende al mérito relativo de la composición, sino al grado de influencia ó amistad que posea el remitente; allí no se precia la obra, sino la recomendación ó la amistad.

Ahora bien, ¿cuál es la causa de que tales cosas sucedan en los certámenes literarios? Nosotros lo diremos.

En primer lugar por no obrar con rectitud la persona que revisa los trabajos, y en segundo, porque esta persona no siente el arte, no lo comprende, no es artista, no puede serlo... es uno de tantos.

Abona nuestras afirmaciones lo sucedido en Cartagena. De los señores que habían de formar el jurado calificador, tres de ellos no han tomado parte, es decir, que los Sres. Reparaz, Martínez Muñoz y Liniers, se desentendieron del asunto, quedando á nuestro entender únicamente D. Andrés Blanco, con quien había de emitir el fallo.

Y decimos nosotros ¿cuáles son los méritos de este señor para que fuese erigido en jurado de certámenes literarios? No lo sabemos, ni seguramente lo sabrá nadie. ¿Posee el Sr. Blanco todas las cualidades requeridas para ser árbitro en una lid literaria? ¿Cuéstanos trabajo decirlo; mas no vemos en él esas cualidades ni le reconocemos esas dotes.

Que el Sr. Blanco no obró rectamente, con estricta justicia en el fallo, no cabe la menor duda; ahí están las composiciones premiadas y las no premiadas, ellas pueden desengañar á quien dudara sobre este punto.

Es preciso hacer constar una cosa, para que no se nos moteje de apasionados: ninguno de los individuos que forman la redacción de este periódico mandó cosa alguna á esos Juegos Florales... conocíamos de antemano lo que había de suceder, sobre no sernos desconocidas las dotes que para jurado reunía el Sr. Blanco.

Prueba de las censuras que dirigimos á este señor, las dá y bien palpables, el no haberse premiado la composición de D. José Martínez Albacete, «Fouroy», la mejor, la única que debió ser premiada en el tema á Cartagena; pero que mereció á no reunir los méritos relativos no fué premiada.

¿Nos quiere decir el Sr. Blanco lo que él entiende por méritos relativos? ¿Nos quiere decir si leyó y entendió el trabajo del Sr. Martínez Albacete? ¿Nos quiere decir lo que entiende por poesía? ¿Nos quiere decir cual es la misión de un jurado?...

Lo vemos, y nos parece mentira, D. Andrés Blanco, el que siempre se nos quejó de la forma en que se hacían los Juegos Florales, el que se lamentaba de la poca justicia que en ellos se hacía, el que no hace muchos días nos dijo que estaba haciendo el estudio de cada composición, que obraría á conciencia... y efectivamente, el fallo es un verdadero estudio.

Nosotros desafiamos al Sr. Blanco á que nos demuestre los méritos que vió en las composiciones premiadas para dar su fallo favorable; como jurado que ha sido está en el deber de contestar, de probar el mérito de esas composiciones.

También desafiamos á dicho señor para que nos diga cuales han sido los motivos por que no ha premiado la composición del Sr. Martínez Albacete, como calificador de ese certamen se ve precisado á desvanecer nuestras dudas, contestar á lo que le preguntamos. Y por hoy sobra.

Rogamos á todos los señores que no hayan sido premiados en los Juegos Florales de La Unión y Cartagena, que nos remitan las composiciones desechadas; pensamos hacer un estudio, no como el del Sr. Blanco, y cotejar las premiadas con las no premiadas.

Composiciones no premiadas en los Juegos Florales de La Unión hemos recibido varias, y de los de Cartagena dos.

Rogamos encarecidamente que se nos remitan, que hemos de poner las cosas en su punto.

Mañana seguiremos.

La Granja de Murcia

Dice «El Diario»: «Con este epígrafe publicamos hace pocos días un artículo del Sr. Rivas Moreno, en que después de evidenciar los grandes provechos que á la agricultura murciana puede reportar la Granja Experimental, excitaba el patriotismo de todos á fin de que con el esfuerzo de las autoridades y los particulares, tan laudable iniciativa pudiera llevarse á la práctica en plazo brevísimo.

Estos requerimientos no han sido balídos, pues hemos oído que por don Nicolás Fontes, dueño de los terrenos que necesita la Sericícola se han hecho proposiciones que acusan disposición de ánimo muy en consonancia con las conveniencias del interés público.

Graves, muy graves serán las responsabilidades que contraerán las autoridades y propietarios que intervienen en un asunto de interés tan vital para Murcia, si no demuestran una diligencia y elevación de ánimo que estén conformes con lo que demanda la prosperidad de la huerta murciana.

Aquí todos alardeamos de muy amantes del terruño, pero estas protestas deben ir acompañadas de buenas obras para que no resulte que son palabras que se lleva el aire.»

Estamos conformes con el colega. Aquí mucho figurar, mas así que llega la ocasión de hacer algo... la del humo.

Vergüenza dá pensar en que todavía Murcia no cuenta con una Granja Agrícola, á pesar de los buenos deseos de todos. Nunca, al lanzar la idea desde estas columnas, creímos que fíxera tal la indiferencia con que se había de acoger el proyecto por parte de los que podían hacer algo.

Ahora no cabe la duda. Después de las desinteresadas proposiciones de don Nicolás Fontes, lo único que se debe hacer es censurar duramente á esos murcianos de corazón en cuyas manos está la implantación de la Granja Agrícola y que no hacen lo más mínimo por que resulte un hecho tan hermosa obra.

Debia pedirse para esos señores la cruz de Alfonso XII, que bien merecida se la tienen.

Sobre todo por ese patriotismo que los hace queridos á Murcia.

ECOS DE SAN SEBASTIAN

S. M. el Rey, acompañado de su ayudante señor Loriga y del general Pacheco, estuvo en el castillo de la Mota, donde hizo ejercicios de tiro al blanco en la galería de tiro de la fortaleza.

El Rey visitó el pueblo de Alza, que ya conocía de años anteriores.

Al regresar por Pasajes Ancho recordó que en el verano de 1900 visitó en dicho punto á un repatriado de Cuba que se hallaba muy enfermo, por lo que se le habian administrado los últimos auxilios de la religión.

Recorriendo las calles del pueblo en busca de la casa donde habitaba el repatriado, se detuvo ante una de humilde aspecto, y dirigiéndose á sus acompañantes, dijo:

—Esa es.

Penetró el rey en el portal y sentada en el patio halló á una muchacha jóven á quien reconoció en seguida como hermana de su protegido el repatriado de Cuba.

—¿Me conoces?—dijola D. Alfonso.

—Sí, señor—contestó la jóven toda atribulada.—Vuestra Majestad estuvo aquí hace dos años cuando mi hermano estaba enfermo.

—¿Y qué ha sido de él?—añadió el Rey.—¿Está aquí? ¿Puedo verle?

—Señor, está bueno—dijo la muchacha;—pero ahora está trabajando.

S. M. puso fin al dialogo despidiéndose de la joven y entregándole quince pesetas para su hermano.

EDIFICANTE

Hace quince días se detuvieron unos carros que conducían pimienta molido de los Sres. D. Pascual Reverte y don Antonio Balchí, Sabido es de todos en qué forma se hizo esta detención; pues bueno, hoy resulta que el pimienta no llevaba aceite—confesión del químico—y se pone á la disposición de sus dueños.

Y decimos nosotros: ¿quiénes son los que pagarán los perjuicios acarreados á esos exportadores por tenerse quince días detenida una remesa de pimienta?

Nadie responde.

Nosotros creemos que, obrando en justicia, los que detuvieron esa partida de pimienta debieran indemnizar á esos exportadores, así otra vez procederán de otro modo, bien distinto por cierto.

Edificante, Sr. Gobernador, edificante.

El viaje del Rey

A los que se preocupan con la causa á que habria obedecido la ida del general Weyler á San Sebastián habremos de decirle, según autorizados informes que tiene por objeto acordar los pormenores relativos á la próxima visita del Rey á las fábricas y fundiciones militares de Oviedo y de Trubia, y esto resuelto, regresará el ministro de la Guerra á Madrid para dirigirse después á Asturias cuando el Rey haga á esta región la visita que tiene anunciada.

En este primer viaje el Rey visitará los puertos de Santander, Bilbao, Gijón y Avilés; y también irá á Covadonga después de detenerse algunas horas en Oviedo.

A la terminación de este viaje y antes de volver á San Sebastián, el Rey se propone también visitar la ciudad de Pamplona.

Cuando se conozca el día preciso de la salida del Rey de San Sebastián—que se cree sea antes de fin de mes—saldrá para dicha capital el duque de Veragua.

A fines de Agosto, el Rey visitará varias poblaciones de la costa de Galicia.

En este segundo viaje irá acompañado de su augusta madre, quien, como es sabido, prometió hacer algún tiempo entregar en el Ferrol á los guardias

